

PERITO MORENO

ANECDOTARIO



Evasión de los toldos de Shaihueque

El 10 de febrero de 1880, después de los tensos y agitados acontecimientos que tuvieron lugar el día anterior, Moreno resuelve emprender la fuga ese mismo día, por la noche. En realidad esta decisión no surgió en forma imprevista a raíz de las circunstancias especiales vividas en esos días de cautiverio, sino que la misma fue concebida inmediatamente después que Moreno tuvo conocimiento de que Shaihueque había despachado partidas en su búsqueda.

Moreno era consciente del peligro que lo acechaba, pero no obstante decidió continuar sus exploraciones de acuerdo al programa trazado, y así lo expresa en sus memorias "... juzgué preferible afrontar las contingencias del futuro antes de retroceder sin haber conocido la topografía del sud y del oeste del lago Nahuel Huapí..."

Meditó entonces sobre cómo procedería en caso de ser tomado prisionero y elaboró un plan que contemplaba fundamentalmente estos puntos: a) la fuga se haría en balsa, y como ésta podría soportar como máximo el peso de tres personas, tendría que ir tomando medidas para ir salvando a sus hombres, hasta quedar solamente con dos de ellos; b) debía

avisar al Ing. Bovio - que había quedado enfermo en Tecka - de la decisión tomada y sugerirle que partiera inmediatamente a Neuquén para reunirse con él.

Desde el mismo momento en que es tomado prisionero - 27 de enero de 1880 - comenzó a cumplir su plan en forma ordenada, hasta quedar solamente con el indio Gavino y el entrerriano Melgarejo. En cuanto a su cautiverio, trató de prolongarlo lo suficiente como para permitir que el Ing. Bovio llegara a Neuquén.

Sabía Moreno cuán peligrosa sería la travesía en balsa, ya que los ríos a recorrer son muy caudalosos, sobre todo el Collón-Curá en época de deshielo, y presentan grandes escollos, numerosos remansos, olas enormes y zonas de poca profundidad donde se

hace imposible navegar. Además la distancia era muy larga y la comida seguramente muy escasa. Pero el peligro no lo arredró; su preocupación principal era evitar todo rastro para desorientar a sus perseguidores y alejarse a gran velocidad en el momento de la evasión para estar distanciado lo más posible de los toldos cuando su fuga fuera advertida.

Tras una larga odisea - siete días en balsa y dos a pie - el 19 de febrero de 1880

los fugitivos llegaron a Río Negro, en la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, a un fortín cuyo oficial era el teniente Crouzeilles. La suerte los acompañó, ya que la misma tarde del día de llegada las fuerzas del fortín debían replegarse a Choele-Choel.

A continuación se sintetizan los acontecimientos principales que tuvieron lugar desde el día fijado para la fuga -10 de febrero - hasta la culminación del esfuerzo, el 19 de febrero de 1880.

10 de febrero de 1880: Tentativa de fuga frustrada

La mañana del 10 de febrero comenzó con un cuadro pesado y nada alentador: en el campamento se veían borrachos tendidos en todas direcciones, mujeres llorando en forma estruendosa y heridos

que pedían venganza a gritos.

Pero a la tarde Caleufú quedó solitario: el cansancio rindió a los hombres y mujeres y los guerreros habían vuelto a cuidar sus valles: el momento era favorable para iniciar el plan.

Había que escapar sin que lo notaran Utrac, Cochi-Miguel y Rauqué, el guardián que vigilaba la carpa. Moreno tenía pensado emborrachar a los indios, pero, ¿cómo hacerlo si el aguardiente se había terminado? Entonces resolvió recurrir al hidrato de cloral y al bromuro de potasio que el Dr. Pirovano le había preparado para su viaje, a los cuales adicionó semillas de pimienta y la mitad de agua, e introdujo la mezcla en una caldera que calentó al fuego. Dice Moreno al respecto: “Hice una bebida feroz, sin el menor gusto extraño a cloral; los indios creyeron que era michipulen, bebida que se prepara con pimienta fermentada, y para evitar desconfianza tomé un poco de ella. Pronto los tres indios consumieron todo el contenido de la caldera y, al llegar la noche ya estaban bien dormidos”.

Mientras tanto, dentro de la carpa, Moreno, Melgarejo y Gavino fingían dormir. Moreno debía salir primero y dirigirse al molle donde tenía escondidos el revólver y las cajas de comida (dos latas de sardinas, una de pasta de hígado y el sebo de oveja que había cambiado por su única camisa). Enseguida saldría Gavino y poco después Melgarejo. Una vez juntos se dirigirían al río a buscar palos para armar la balsa.

Llegado al molle, Moreno tomó el arma que limpió cuidadosamente y guardó en su bolsita las tres latas y el sebo de oveja; se quedó esperando a sus dos compañeros en el sitio convenido, cerca del río.

Describe así Moreno aquellos momentos: “El tiempo pasaba, no sentía el menor ruido, sólo a lo lejos algún ladrido de perro. ¡Era duro aquel momento!... Revisé las balas una por una... Transcurrió una hora, luego otra y una tercera; el reloj, escondido bajo el pelo en el nudo de un pañuelo sucio y roto, que me servía de sombrero, me marcaba el tiempo, y ni Gavino ni Melgarejo llegaban. A medianoche sentí el ruido de las piedras y un momento después llegó a caballo el buen asistente, que me dijo que Gavino no quería salir, pues tenía miedo porque el adivino afirmaba que yo había escrito y sabía



por dónde íbamos a escapar”.

Ante esta imprevista situación, que mucho le preocupó, Moreno decidió que la evasión tendría que postergarse para el día siguiente, 11 de febrero, ocasión en que tendría que concretarse de cualquier manera. Confiaba poder convencer a Gavino para que los acompañara.

11 de febrero: se pone en marcha la huida

El día 11 a la mañana amaneció tranquilo; por suerte nadie se había enterado de la frustrada tentativa de evasión. Shaihueque, que rara vez se acercaba a la carpa – sentía un gran temor por el teodolito – esa misma mañana entró a la misma y trató a Moreno “con una afabilidad poco común” por lo que, dice Moreno, “... aproveché esta circunstancia para convencer a mi compadre que sería conveniente el regreso de Utrac a los toldos de Inakayal, ya que los indios prisioneros llegarían pronto y yo podría regresar a Río Negro, pero para ello necesitaría que Utrac traiga 50 mocetones de su padre, para que me defiendan en el camino de Namuncurá”.

Shaihueque aceptó la propuesta, pues le convenía el alejamiento de Utrac, y éste, por su parte, que tenía deseos de regresar a sus toldos, se mostró complacido. Moreno quedó muy satisfecho por lo siguiente: su mayor preocupación con respecto a la fuga era la de no dejar rastros y

despistar a los indios por lo menos durante dos días. Si éstos llegaban a advertir su fuga – que tendría lugar a la noche, horas después de la partida de Utrac –, Shaihueque pensaría que lo habían hecho conjuntamente con él y ordenaría que se siguieran las huellas de sus caballos.

Después que Utrac partió junto con Gavino – quien lo acompañó por un corto trecho y luego regresó con un caballo – Moreno, junto con Shaihueque, pasó tres horas en el campo de juego de la choeca – el criquet indígena – hasta que el sol desapareció. Pidió entonces a su compadre que le diera un pedazo de carne, la que fue asada y traída por el mismo Shaihueque. Ambos se quedaron chanceando por un rato sobre la boleda del día siguiente y la mojadura – que tanto asustaba a Moreno – que experimentaría al cruzar el río con la balsa.

Al llegar Moreno a la carpa se encontró con Melgarejo y Gavino, quien ya había sido convencido sobre la ignorancia del adivino. Por otra parte el adivino había partido esa misma tarde, después de que los indios carnearon una yegua para pagarle por sus trabajos y esto había terminado por tranquilizar completamente a Gavino.

Sucesivamente los tres lograron salir en la forma prevista; tenían un solo caballo y debían arreglarse como mejor se podía. Llegados al molle Moreno sacó las latas ocultas en la arena e hizo que Melgarejo montara en ancas de Gavino para dirigirse al sitio donde estaban los palos para armar la balsa. Para borrar las huellas del caballo ató tres piedras en el borde del poncho y se tomó de su cola: el poncho iba borrando las huellas. Así llegaron hasta los médanos inmediatos al río donde abundaba la arena movediza; allí hubo que tomar precauciones especiales para no pisarla, ya que en los médanos es imposible borrar las pisadas.

Moreno se quedó sólo esperando a sus compañeros que fueron a cumplir con sus funciones; a las 22 y 30 regresó Gavino para comunicar que la balsa ya estaba lista; diez minutos después soltaban el caballo, el que seguiría rumbo al sur buscando su querencia, y así confundiría a las partidas que salieran en busca de los fugitivos.

La balsa, construida con ramas y un esqueleto de nueve palos de sauce que le daban bastante seguridad, estaba lista para hacerla flotar en el Collón-Curá. Antes de lanzarla a la correntosa corriente Moreno quiso llevar un

recuerdo del histórico paraje: entre las piedras de la orilla cortó una flor que guardó como símbolo y que, marchita y descolorida, la tuvo con él casi cuarenta años después al escribir sus Reminiscencias.

Después de una emocionante partida, seguida por un riesgoso y dramático inconveniente experimentado a las dos horas de marcha, cerca de las dos de la mañana distinguieron ya el río Limay.

Felizmente, antes de la aurora, la balsa pasó cerca de una isla dominada por cerros a pique y pudieron atracar con ella. Moreno dice al respecto: "... no creo que yo hubiera podido continuar más tiempo. Terribles dolores en la espalda y en la cintura, debido al gran esfuerzo que había hecho dentro del agua, me dejaron inutilizado. Melgarejo tuvo que sostenerme para que no me cayera al río".

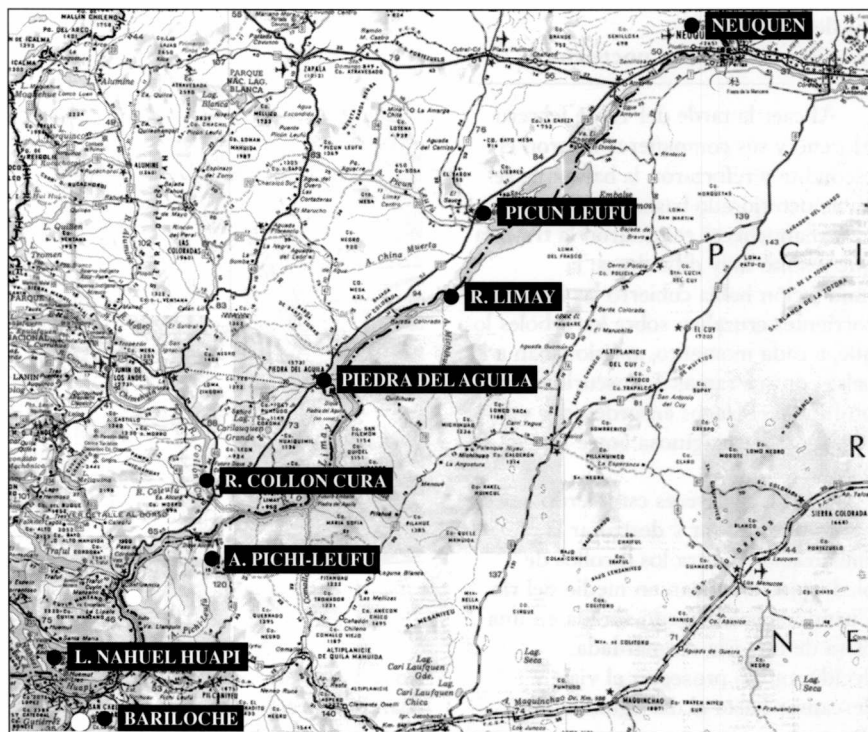
Como en este lugar la montaña era demasiado abrupta no podía haber indios y, en consecuencia, no era peligroso prender fuego. Así lo hicieron y como continuarían navegando durante la noche, porque los indios aún estaban demasiado cerca, pasaron las horas del día en la isla desnudos, secando sus pobres ropas al sol.

El sebo canjeado por la camisa habría de constituir su almuerzo.

Dramático momento

Así narra Moreno un inesperado inconveniente experimentado al poco de partir.

"Al subir a la balsa, que se hundió tres cuartas partes, ninguno de los tres sentíamos el peligro que acabábamos de salvar y reíamos a carcajadas al descender con terrible velocidad. Un "Adios Calefú" ahogóse en el ruido que hicieron las piedras al pasar por



la primera restinga, sumergiéndonos; allí quedé descalzo. El Collón-Curá que arrastra el máximo de los derrites andinos, es un río caudaloso y la balsa, ora se deslizaba tranquila por medio de las aguas profundas, ora se balanceaba hundiéndose en las olas de los recodos rocallosos; la corriente era su único timón. Apenas habíamos "navegado" dos horas, cuando oímos gritos en la orilla del Oeste, donde había toldos, y en el mismo momento, una avalancha de agua nos lanzaba contra un enorme cerro a pique, a cuyo pie entre enormes cubos remolineaban las olas; la pobre balsa quedó clavada entre los dos de esas rocas; el ruido atronaba y la oscuridad no permitía ver sino la espuma blanca. Si no salíamos de ese infierno, vivos o muertos antes del día, los indios no

tardarían en descubrirnos; así lo comprendimos, pero de distinta manera. Mis dos compañeros se desnudaron y Gavino dejó caer su revólver y poco después Melgarejo su cuchillo: querían trepar sobre las rocas y salvar a pie. Me opuse; tenía sobre mí un enorme peso relativo, el tirador con 40 cartuchos, el revólver, la bandera, los diarios de viaje, el sebo y las tres cajas, y antes de abandonar la balsa me ahogaría con todo. Decidido a esto y bien agarrado a los palos, busqué debajo el obstáculo que nos detenía y el empujón realizado junto con la enorme impulsión del agua hizo resbalar la roca; la balsa se enderezó y se lanzó "desbocada" en el torrente, las piedras rozaron mis piernas y de esas heridas he sufrido durante meses. Pero flotábamos nuevamente en el ancho río: ¡habíamos superado una situación de extremo peligro!".

HUAYQUI S.A.

DE CONSTRUCCIONES

EXCELENCIA TECNICA PARA LAS GRANDES OBRAS

**12 de febrero:
prosigue la travesía nocturna**

Al caer la tarde del 12 de febrero Moreno y sus compañeros dejaron el escondite y reforzaron la balsa que se había deteriorado bastante.

Al anoecer reiniciaron la travesía que resultó muy dificultosa: la inundación había cubierto las islas y las corrientes cruzaban sobre los árboles los que, a cada momento, aprisionaban a la balsa con sus ramas. La oscuridad era profunda, el fragor ensordecedor y la balsa corría vertiginosa entre las piedras.

Más de cien veces estuvieron a punto de zozobrar y destrozaron la embarcación contra los escollos de piedra que emergían en medio del río. Cuando la balsa quedó varada en una playa de una isla resguardada, decidieron no proseguir el viaje y descansar hasta el día siguiente.

**13, 14 y 15 de febrero:
tres días de viajes diurnos**

En la playa donde llegaron bien entrada la noche del día 12 tomaron un buen descanso hasta las tres de la tarde del día 13, secándose al sol al reparo de un tronco.

Como el río parecía limpio de escollos, pensaron no tener muchas dificultades, pero no fue así: los remansos aumentaban, lo que exigía mucho esfuerzo y pérdida de tiempo para proseguir; otras veces la poca profundidad obligaba a remolcar la balsa sobre las piedras, descalzos, lo que los hacía sufrir horriblemente.

La noche la pasaron en la margen derecha del río, en un pajonal. Comieron una lata de sardinas, "sin desperdiciar una gota de aceite".

El día 14 tuvieron buen tiempo: el



río cada vez era más despejado, aún cuando los remansos y los bancos de arena hacían peligrosa la navegación. Los recodos eran rápidos, y en uno de ellos se dio vuelta la balsa que, felizmente, pudieron recuperar. Al anoecer, después de haber ganado mucho terreno, vencidos por el cansancio y el hambre durmieron a la orilla de la playa, después de haber comido la última lata de sardinas.

El día 15 llegaron a un lugar desde el cual consiguieron avistar donde el río Negro abandona el Limay para internarse en la montaña.

Se encontraban extenuados; las energías disminuía, agotados por el esfuerzo y la falta de comida. Sin embargo, siguieron navegando hasta la noche. No atrevieron secarse al abrigo de un fuego, temerosos de que su luz denunciara su presencia.

La noche del 15 fue desesperante. No quedaba, para comer, más que la lata de pasta de hígado que resolvieron

reservar para otra ocasión. Pasaron espionando durante horas a un pobre perro flaco, perdido en aquellos lugares, que no se animó a acercarse.

**16 de febrero:
rápido avance y prudencia salvadora**

Moreno pensó que el gran árbol de Manzana Geyú debía estar cargado de frutos que permitirían saciar el hambre, pero en ese lugar la corriente era tan rápida que no pudieron parar. Sólo pudimos "devorar" con la vista los verdes racimos, dijo Moreno.

Más adelante distinguieron una densa humareda. ¿Serían cristianos? ¿Serían indios? Gavino y Melgarejo querían contestar con señales de humo, pero Moreno sospechó que podría ser una partida de indios destacada en ese lugar para atraerlos. En vez de delatar su presencia, siguieron por las rojas y bellas gargantas y, al oscurecer, cuando llegaron al sitio de la humareda desembarcaron, escondieron la balsa y buscaron rastros: contaron catorce frescos. Sin duda los indios habían abandonado horas antes ese sitio y se habían alejado por el camino de los cerros: ¿se habían salvado de caer en una trampa! Festejaron la tarde con la lata de pasta de hígado, la última provisión, suficiente para mantener el ánimo.

**17 de febrero:
último día de navegación**

Este fue uno de los días más tristes que recuerda Moreno: mucha era la fatiga y grande el hambre, que sólo pudieron satisfacer con algunas raíces de juncos. La sed era devoradora, la fiebre los aniquilaba.

La marcha en la balsa, por suerte, transcurrió tranquila; tal era la fatiga que no tenían ni fuerzas para hablar. Al

MJ JORGE
MARROQUINERIA

**8 N° 669 (45 y 46)
La Plata**

**Tel.: 25-9479
Argentina**

anochecer permanecieron tirados en la playa, angustiados, desconfiando del porvenir. Moreno se preguntaba: ¿Llegaremos al Neuquén? ¿Habrá allí fortín? Dudas terribles lo aquejaban.

18 de febrero: abandonan la balsa y comienzan la caminata

El 18, apenas aclaró, hicieron un último esfuerzo para continuar. Pero llegado el mediodía el cansancio llegó a tal extremo que no podían levantar los brazos, por lo que la balsa se tornó inmanejable y tuvieron que abandonarla.

Moreno era el único de los tres que conocía esos parajes. Mucho trabajo le costó para convencer a sus compañeros que el Neuquén estaba cerca y el bajo que se distinguía, con el naciente, era el Río Negro.

Comenzaron el camino cubriéndose los pies con ojotas hechas con el recado de Gavino, y momentos después dieron con la senda de indio. Continuaron la marcha con lentitud hasta el anochecer y alcanzaron un arroyo que corría del oeste: era uno de los brazos del Nequén que allí se vacía con el Limay. Moreno trató de animar a sus compañeros, pero éstos ya no lo escuchaban:

"No caminamos más, patrón. No podemos".

19 de febrero de 1880. Fin de la odisea: llegan al fortín

No bien amaneció Moreno llamó a sus compañeros y les mostró el agua oscura que corría del oeste: ese río es el Neuquén, les dijo. Silenciosos se levantaron y echaron a andar; en el dormido valle no se notaba el menor movimiento, pero se alcanzaba a distinguir un punto oscuro ¿Sería acaso el fortín?

Desesperanza

Así describe Moreno las últimas horas del 18 de febrero:

"Tristísimo era el desfile de los tres hambrientos... Yo iba adelante, media cuadra más atrás Melgarejo y luego Gavino, el menos caminador; de cuando en cuando caíamos, y cuando tropezábamos con algún pozo de agua casi podrida, bebíamos hasta saciarnos. Recuerdo que entre los juncos de uno de esos pozos estuve largo rato inconsciente. Sólo la brisa de la tarde nos dio aliento y entonces pude ver que no me había equivocado: el espolón del cerro que forma el ángulo NO de la Patagonia estaba enfrente: encendí un fósforo y cubrí de llamas el campo. ¿Cómo no habían de ver el humo desde el cercano valle? Si había soldados, vendrían a buscarnos; ya no teníamos fuerzas para llegar".

"¡Qué dura noche pasé entre las espinas!" Mis hombres no dormían, parecían muertos. Yo pensaba: morir estando tan cerca, después de todo lo que he pasado, cuando el lago ya no es un misterio, cuando he revelado miles de leguas fértiles que se creían desiertas, cuando acabo de demostrar con el descenso en la balsa que el río es navegable y que los saltos que se decía tener y que yo había negado no existían. Salí a buscar ramas jugosas, tallos de "lengua de vaca" y sólo encontré algunas vainas de falso algarrobo que ensagrentaron mis labios...".

Cuando la claridad aumentó, se advirtió una polvareda que se levantaba, ¡Son caballos!, exclamaron.

Moreno sacó la bandera de su pecho y la ató a una rama; Gavino subió a lo alto de una loma y la mantuvo flameando, mientras Moreno comenzaba a disparar su revólver y el eco de la sierra repetía las detonaciones.

Dice Moreno: *"Catorce tiros había disparado cuando vimos avanzar entre el bosque una partida de veteranos listos para el combate. Echa pie a tierra en la orilla opuesta, y no fue poca la sorpresa cuando en vez de indios que atacaban vieron la bandera que flameaba.*

Uno de los soldados entró en el agua con el caballo y gritó:

¿Quién vive?

"Moreno, escapado de los toldos", respondí

¡Estábamos salvados!

Los soldados comenzaron a cruzar por el agua con sus caballos para auxiliar a los fugitivos; Moreno y sus dos compañeros, prácticamente desnudos y totalmente exhaustos, no podían dar un paso: para llegar a la orilla opuesta, tuvieron que agarrarse de la cola de los caballos.

El oficial del fortín, teniente Crouzeilles, les ofreció todo lo poco que tenían: caldo de yegua y galletas, que constituyeron un verdadero festín.

El teniente les informó que esa misma tarde debían abandonar el fortín, pues tenían orden de replegarse a Choel-Choel.

"De haber llegado unas horas después hubiéramos perecido", dijo Moreno.



Turismo

DNST Leg. 305

**33 Años de experiencia
que no se cobra.**

Calle 8 N° 653, Local 10

Tel.: (021) 21-9242

(Frente al Ministerio de Economía)